



SEMANARIO ANTICLERICAL

Director: LEONCIO LASSO DE LA VEGA

Administrador: CLAUDIO GARCIA

Administración: 18 de Julio, 726

MIÉRCOLES 18 DE ENERO DE 1911

AÑO I — NUM. 15

A la pesca de... .



Mi hija la entrego al que ama la iglesia católica.

—Yo la amo — contestó don Scarzolio.

—¿A quién ama usted? a la iglesia, entonces mi hija es suya con algunos pesitos.

De pena me estoy muriendo
al ver la arrogante moza
que gasta mi reverendo.

¡Chiquiya! valientemente
te portas, queriendo a un fraile
tan feo y tan indecente.

Mira si soy buen gitano,
que al cura de mi parroquia
le he metido un duro malo.

Anda y no presumas más,
que sabemos que eres hijo
del cura de tu lugar.

Dices que me quieres mucho;
si me quisieras, dejaras
el trato con los frailucos.

Deja que la gente diga,
mientras no digan que yo
he yegao a decir misa.

De mis pecados

A una monja.

Yo la miré pasar... Clavé mis ojos
En su rostro más blanco que la nieve,
Huérfano de frescuras y sonrojos
Cual lirio enfermo de existencia breve!

Los labios sin color; baja la vista
Arrastrándose, triste, por el suelo,
¡Ojos cautivos de fatal conquista,
Astros robados al azul del cielo!

Las manos sobre el pecho, amortajadas
Con el marfil de sepulcral blancura,
¡Ápidas de la muerte colocadas,
Del corazón, sobre la tumba oscura!

Un cuerpo al parecer de carnes bellas
Dentro la noche del claustral vestido,
Cual esclavo que oculta sus querellas
Llorando miedo, ante el dolor vencido.

Caminaba despacio, lentamente,
Como agónico ser que vive apenas,
Sonámbula infelice de un ambiente
De engaños, de extravíos y de penas.

Parecía la mártir de un mal sueño
Lidiando á su voluntad fuerzas extrañas,
Cloroformada por un cruel ensueño
Que minaba el calor de sus entrañas.

Sentí deseos de ahuyentar su sueño
Con la mágica luz de una caricia
Y alejarla del místico beleño.
Con sol de vida que la vida inicia.

Yo la miré pasar... En mis arterias
Ardió la sangre con febril pujanza,
Y huyeron en derroche las tristezas
Ante el bello surgir de una esperanza.

La presenté mujer llena de bríos
De amores, de esperanzas, de entusiasmos,
Encadenados en los claustros fríos
Donde el amor renuncia á sus espasmos.

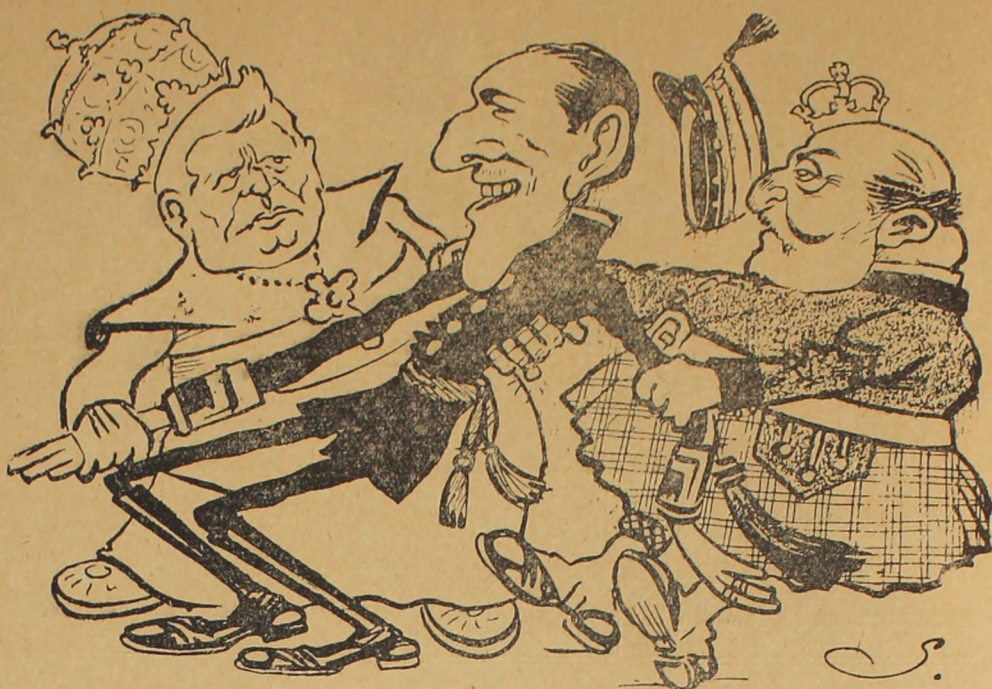
Pensé que en el jardín del sentimiento
Pedría el lirio convertirse en rosa,
Y la estéril cautiva del convento
Ser novia santa y madre cariñosa.

Que el hábito monjil podría trocarse
Por el vestido de lucientes galas.
Y el ángel ongrillado levantarse
Batiendo, libre, sus alegres alas.

Y alzar los tristes ojos hacia el cielo
En demanda de luz y de alegría,
Y en las fuentes más rojas del anhelo
Beber los labios cálida ambrosía.

Que podrían mis manos ofrecerle
Las dichas más intensas de la vida,
Y mi lira sus cantos, para hacerle
La regia ensoñación de prometida.

Que podrían mis brazos arrancarla



Consejos que dió Eduardo VII á Alfonsito y que éste siguió, confirmando el nuevo ministerio liberal.

Eduardo VII—Piensa, muchacho, en que si quieres ser Rey de España ha de ser con gobierno moderno y liberal.

Alfonsito—Así lo haré y á este Pío X, riéndome le doy un puntapié.

Del pantano del mal y la estulticia
Para lavar su afrenta y libertarla.
En aras del amor y la justicia.

Que podrían mis ansias juveniles
Calmar la inquisición de sus torturas,
Y de mi amor florido los pensiles
Brindarle lo mejor de sus ternuras.

Darle de mis ardores pasionales
El caudal que sus fríos exigieran,
Y arrancar de su mente los ideales
Que en una noche del dolor nacieran.

Yo la miré pasar... Desde ese día
Llevo en mi pecho una pasión guardada,
Que ruge á cada instante su osadía
Frente á la vil prisión de la enciaustrada.

FROILÁN VÁZQUEZ L. (HIJO).

Canelones

Muertos ilustres

RAFAEL BARRET

Barret murió.

Hacer su elogio en este Montevideo
que tanto lo ha admirado, es innecesario.

Su mejor epitafio, el que más agradecería su espíritu, sería hacer una edición de sus magníficos trabajos para que no se pierdan en el olvido las piedras preciosas que vertió con mano pródiga.

Fué Montevideo el que lo descubrió
er medio de su existencia solitaria y silenciosa. A él corresponde grabar su nombre en el índice de los elegidos.

Llorarlo es debilidad femenil. Hacerle justicia póstuma leyendo sus

obras á la historia literaria, es gesto varonil.

PEDRO GORI

Otro caído, prematuramente, en su
lucha tenaz por la más alta justicia.

El gladiador fuerte, el gonfaloniero de las vanguardias del progreso, hizo vibrar las almas en el Río de la Plata, al eco de su voz tribunicia; Montevideo y Buenos Aires recibieron las ráfagas de su pensamiento, y le son deudas de las fecundas semillas que esparció como generoso sembrador.

¿Cómo ofrecerle el premio póstumo? No con estatuas que tan fácilmente se amasan para reyes ineptos, sino colaborando á su obra vigorosa y justiciera; avanzando sin pausa tras del gonfalon que él agitó y que aún flamea; regando con sangre, si fuera necesario, las semillas que como fértil huella fué dejando á su paso.

L.

Sobre responsabilidad criminal

No es la justicia científica la que fracasa en la actualidad, es la justicia mística.

Nuestro sistema penal está basado en una creencia, la creencia en la existencia de un yo autónomo, dotado de *libre albedrío*. Esta creencia está en contradicción con todas las adquisiciones de la ciencia contemporánea.

No hay tal yo, sino una colonia de neurones conscientes que puede fragmentarse dando lugar en los histéricos á personalidades distintas.

No hay *libre albedrío*. Nuestros actos resultan de la transformación en nuestro organismo de los movimientos del mundo exterior, y este organismo no le hemos creado nosotros, es obra de la herencia y del medio.

¿Cómo hay médicos instruidos é inteligentes que hablan de responsabilidad?

Todo crimen es un acto morboso, y el médico legista, en presencia de un criminal, sólo debe indicar el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento.

¿De qué monstruosidad ó de qué afección mental procede el crimen de que se trata? ¿Es curable? ¿Es posible la recidiva? ¿En qué casa de salud debe ser internado y tratado el criminal: asilo de locos ó asilo de degenerados peligrosos?

La *pena* es también una concepción mística. La sociedad que tolera la génesis de los criminales permitiendo la venta de alcoholes y de las muchas otras infracciones á las reglas de la higiene social no puede arrogarse el derecho de castigar á sus víctimas; más justo sería que los criminales castigasen á la sociedad que les permitió nacer.

La sociedad sólo tiene el derecho de poner á éstos en la imposibilidad de perjudicarse á sí mismos, y tiene el deber correspondiente de esforzarse en curarles y de impedir la génesis del criminal y el contagio del crimen.

DOCTOR BINET-SANGLÉ.

Un creyente

A ese que ustedes llaman un *creyente*, como rindiéndole homenaje, le llamo yo cautivo degradado, desprovisto de grandeza de alma, de razón y de virtud, que ignora sus deberes más evidentes, sus más claros derechos y las verdades más demostradas; que vive encerrado en la sombra sin que sus inhumanos carceleros le permitan ver el día.

Diálogos de actualidad

LA NENA Y EL JUEZ

La nena—Buenos días, papaito, buenos días. Picarón! Nada nos habías dicho, ¿eh?

El juez—De qué, mi nena?

La nena—De la ejecución. Te felicito papá. Todos los diarios se ocupan hoy de tí. *La Nación*, *La Prensa*, *El País*. Mira, aquí dice: El juez,

á pocos pasos del banquillo, presencié la ejecución del reo, impasible y severo... ¡Que guapo eres, papito! ¿No te tapaste los oídos cuando sonó la descarga? ¿Nó?... Pues yo lo hubiera hecho... Prum! Prum!... ¡Ay, que miedo!... Y dime, tú le pegaste el tiro de gracia?

El juez—No, no; se lo pegó el cabo.

La nena—¡Ah! ¿Y qué dijo el reo cuando empezó á morir? ¿Lloraba, nó?... ¡Pobre!... y gritaba: ¡no me mate! no lo haré más, ¡no me mate! ¿Verdad? ¿No tuviste lástima, papá, en ese momento?

El juez—¡Oh, no! ¡Yo soy el juez del Crimen!...

La nena—¡Es verdad!... ¡Juez!... Sin embargo, papá, será muy lindo eso... pero te declaro que nunca, nunca, sería «jueza».

El juez—¿Por qué, nena mía?

La nena—¡Porqué me pondría á llorar de pena!... ¡Ah! dime, papá: cuando un juez se compadece del reo, ¿es castigado?

El juez—¡No, no!

La nena—Y tú entonces, porqué no perdonaste á ese hombre?

El juez—(Con fastidio)—Nena, nena! Vete á tomar el té.

La nena—¡Ya voy, papá! ¿Porqué te impacientas? Yo quiero saber todo para contárselo á las demás niñas en el colegio. ¡Cómo me van á felicitar cuando sepan que has salido en letras de molde!... Publicará tu retrato *Caras y Caretas*, por supuesto... ¡Qué orgullo! ¿eh? ¡ser la hija del juez!... ¿me prestas este diario? Voy á leer todo, todo lo que dice de tí. Son dos columnas... y con titulitos... ¡A ver! ¡A ver! (Lee) «Teresita»: «Cuando entró la niña de este nombre á la capilla, presenciábamos una escena realmente conmovedora. La pequeña se echó á llorar desconsoladamente y no hubo fuerza humana que la obligara á besar al reo!... Pobrecita. ¿Y porqué querían ustedes que besara al criminal?...»

El juez—Era su padre, pues.

La nena—¡Ay!!!... ¿De manera que los asesinos tienen hijos y los quieren?...

El juez—¡Si hijita de mi alma!...

FLORENCIO SÁNCHEZ.

Abujitas y arfileres
no pinchan como un berrendo
que en el púlpito se mete.

A mi se me da muy poco
que venga una iglesia abajo
ó se junta un ermitorio.



(No dejes de observar, lector amigo, que aunque diga burlando lo que digo, aquí, como en París, Londres ó Roma, o más serio es tratar lo serio en broma.)

Mi correspondencia

«Perolo», confiando en mí, me manda una *escribanía* es decir, que una poesía de Vital Aza me envía, cuyo texto dice así:

«Con propósitos severos, en bien de la religión, hallábanse de reunión diferentes caballeros.

«Uno era sub-intendente; otro dueño de una tienda; otro ex-ministro de Hacienda... y así, sucesivamente.

«—¡Hay que contener la cosa con toda severidad, porque cunde la impiedad de una manera asombrosa!

«Esto dijo el más anciano que era un sastre.—¡Viva el clero!—¡Viva! —repitió un casero.—¡Viva!—gritó un escribano.

«Y mientras la gente pía, se emociona y arrebatada... ¡falta un tintero de plata que estaba en la escribanía!

«Entonces dijo, altanero, uno de los más fogosos:—Todos sois muy religiosos, pero aquí falta un tintero.

«Y como á nadie convenga decir quién el caco fué, yo la luz apagaré, y sáquelo el que lo tenga.

«Sopló por la sacristía tendióse el negro espectro, y cuando encendió la luz... faltaba la escribanía!

Y es verdad; continuamente claman con gran devoción:—¡Viva el Dios omnipotente, y el Jesús pobre y clemente, y el cura, y la religión! y mientras el sabio clero grita con tanta ufanía, se rebaña... no un tintero... ni una pobre escribanía, sino algo más... el dinero de toda la gente pía.

OSSAL.

A UNA RÚSTICA

Para SALPICÓN.

¿Porqué tus negros ojos pasionales,
como dos prodigiosos infinitos,
adoran las visiones celestiales
y las supersticiones y los mitos?

¿Porqué en tu boca pálida y diente
hecha para brindar gloriosos besos
la falsa aspiración que la atempera
los rastros de sus babas deja i presos?

¿Porqué tu blanca frente cristalina
donde un diamante aurisolar fulgura,
como flor melancólica se inclina
ante el temor de una deidad oscura?

¿Porqué tu cuerpo, flor, carne, armonías,
estrella y cielo, música y perfume
en visiones celestes se extasia
y en espasmos dolientes se consume?

¿Porqué no amar la vida? ¿la luz bella,
la carne fresca y bienoliente y sana,
y la gota radiante de la estrella
y el sangriento rubor de la mañana?

¿Porqué el castigo y la oración y el llanto?
¿Porqué la pena como abierta herida?
¿Porqué la pesadilla de un encanto
sobre las claridades de la vida?

¡Pobres tus ojos y tu cuerpo todo!
¡Pobre tu vientre virgen é infecundo
y tu seguridad, de que es de lodo
toda felicidad en este mundo!

¡Pobres tus ojos ciegos y tu boca
cerrada, y tus oídos impotentes,
y tu mente de histérica y de loca
donde han hecho su nido las serpientes!

¡Pobre tu cuerpo blanco como el cirio
por la superstición sacrificado,
á las aras sangrientas del martirio
y á ignorar las dulzuras del pecado!

El amor te engendró. Ama y espera,
y sufre y goza y sobre todo ¡ríe!,
antes que la nevada traicionera
la seda blanca de tu cuerpo enfríe!

Tu belleza carnal es la divina,
deja que ella en su trono te coloque,
y más prefiero verte Mesalina
que verte Margarita de Alaquoque.

Ama la luz y las tinieblas deja;
deja la sombra vil en que te agotas
que al alumbrar el sol tu torva reja
hirá la muerte con las alas rotas.

Ama la vida, la triunfante vida
que de alegría el universo inunda;
tu que eres una tierna bendecida
serás excepcional como fecunda!

¡Ea! ¡arriba, ¡antes que sucumbas
á la perversidad de tus engaños
que ya huelen á resto de las tumbas
las dulces flores de tus veinte años.

ALBERTO LASPLACES.

Chiquiya, tu eres mu loca,
por que andas siempre metía
en los conventos de monjas.

Dile á tu mare que caye,
que si yo afano relojes,
eya tiene un hijo fraile.

¡Oh, edad angelical!

¿Quién, que sea verdadero católico,
no tibio sino ferviente, no supiera
por la pasada época de fe, de creencias
puras, de candor, de convicciones
arraigadas, bajo el blando yugo
de la Iglesia tutora de las almas?

¡Oh, si volvieran aquellos tiempos!
¡Si pudiéramos, todavía, transformar
este siglo de impiedad en la época
de dichosa dulcedumbre en que vi-
vieron nuestros felices abuelos!

La persecución de herejes era uno
de los gratos entretenimientos, y con
ello se ensalzaba la gloria del Altí-
simo.

Porque había gentes tan crimina-
les que no creían en las divinas re-
velaciones y en los sacratísimos mis-
terios.

¿Cómo perdonar sin menoscabo de
la religión, á los que se atrevían á
negar que en el paraíso hubiese ocu-
rrido el escandalito aquel de la ser-
piente y la manzana? Y aún había
otros que no querían entender que el
Padre, el Hijo y el Espíritu Santo
pudiesen andar farreando de hostia
en hostia, y menos aún entrar al mis-
mo tiempo en todas las que pueden
fabricarse en el mundo.

Pero aún había otros más crimina-
les que la piedad de nuestros antepa-
sados sabía extirpar, y no los dejaba
pulular como hoy sin castigo alguno.

Estos llevaban su locura anti-cató-
lica hasta el extremo de freir los hue-
vos siempre con aceite, nunca con
manteca, y hasta despreciaban el sa-
broso salchichón (olor á judío que
aborrece al cerdo).

Pero el colmo incomprensible por
su maldad herética, es el de aquellos
monstruos que en plena cuaresma se
atreveron á almorzarse un asado de
vaca á la parrilla. ¡Anatema!

¿Qué menos podía hacer la piedad
católica, que encender una bonita ho-
guera y meterlos en ella vivitos para
escarmiento de herejes?

Hoy, en medio de la herejía reinan-
te, en vez de dedicarse los hombres
á la oración arrodillados en una igle-
sia día y noche y recorriendo las
cuentas del rosario, se olvidan de
Dios y del cura, para dedicarse á dia-
bólicos engendros como hacer loco-
motoras, automóviles, linotipias, telé-
grafos sin hilo... ¡oh! por mucho me-
nos satánicas invenciones y brujerías,
los hubieran tostado nuestros abue-
los en aquellos piadosos tiempos que
los verdaderos católicos y los buenos
curas quisieran resucitar.

—Dígame, señor hereje, ¿no es

cierto que el Universo ha de tener un
autor?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué no come us-
ted butifarras los jueves y bacalao los
viernes?

(¡Lógico hasta más no poder!)

—Dígame; quedamos con que es
cierto que el Universo tiene un au-
tor.

—Ya le dije que sí.

—Luego también es cierto que por
un peso se saca un alma del Purga-
torio.

(Lógico hasta caerse de espaldas).

¿Se atreverá alguno, en vista de
esto, á negar que la Inquisición fué
una consecuencia natural y beatífica
de la piedad de nuestros mayores?

Italia tuvo la gloria de preceder á
los demás pueblos en la institución
del Santo Oficio. Después le siguió
España que era entonces la hija pre-
dilecta de la Iglesia.

Hoy le corresponde ese honor á la
República Argentina, depósito de
obispos y curas, rodeo de frailes, me-
trópoli de conventos, nidal de dis-
traídos que se comen los territorios
nacionales, sede inquisitorial en que
se persiguen, torturan y fusilan obre-
ros, que no se han apropiado ni un
metro cuadrado de tierra... todo ello
para mayor honra y gloria de Dios,
de Figueroa y de Saenz Peña.

¡Ese sí que es un país dichoso!
¡Como que va acercándose más ca-
da día á la edad media!

OSSALINO.

La resurrección

Aquello si que se podía llamar una
asamblea fúnebre.

Había unos seiscientos esqueletos
pulcramente descarnados, blanquísi-
mos. Sus osamentas parecían de már-
fil. Casi todos iban elegantemente en-
vuelto en albos lienzo que recogían
con sus huesosas manos, formando
pliegues airoso y cubriendo á medias
sus simétricas costillas.

Presidía el más antiguo.

—Os he reunido—dijo—para hace-
ros saber el peligro que nos amena-
za... ¡ho! ¡Es horrible! ¡Si no lo es-
tuviera ya, me habría muerto de ho-
rror al saber la infausta nueva, la es-
pantosa noticia que ha llegado hasta
mi tumba!...

Un golpe de tos sepulcral y fúne-
bre interrumpió al orador.

Se escucharon algunas interjeccio-
nes macabras.

—¡Pido la palabra!—gritó un ilus-

tre muerto desde un rincón de la cripta.

—Concedida — contestó el presidente.

Las toses arreciaron.

—¡Silencio! ¡Silencio!...

—Fieles difuntos—comenzó el orador con una voz que recordaba el estertor de su agonía;—he sabido, á la vez que el ilustre antepasado que nos preside, que se acerca el día de la resurrección de la carne...

—¡Ah!!—murmuró casi toda la asamblea.

—¡Es cierto! ¡Es cierto!—tosió el presidente.

—Pues bien, queridos hermanos; ante ese peligro que nos amenaza, ante esa espantosa catástrofe que se avecina, ante ese terrible conflicto que se nos presenta, debemos protestar.

Y paseó por toda la asamblea la profunda mirada de sus ojos vacíos.

—¡Ah, señores!—continuó—el espanto ha circulado por mis huesos, el horror se ha apoderado de mi hueco cerebro... ¡La resurrección de la carne!... ¡La vuelta á la vida!... ¡Otra vez de carne y hueso, con las pasiones mismas, las mismas necesidades, las mismas miserias! ¡Tendremos hambre! ¡Tendremos sed! ¡Volveremos á ser egoístas, avaros y embusteros! ¡Cifraremos nuestra felicidad en una buena mesa, en un buen lecho, en un puñado de oro!... ¡La resurrección de la carne! La esperanza, la remotísima y engañosa esperanza de nuestra existencia carnal. ¡Si! esa resurrección nos horroriza. ¿Qué premio, qué objetivo es ese? ¡Oh, queridos muertos! Pronto dejaremos de serlo; pronto abandonaremos la paz del sepulcro, la dicha del no ser, para arrastrar una vida miserable, una existencia carnal, lasciva, glotona, llena de inquietudes, afanes y vicios... ¿No estaríamos mejor siguiendo muertos? ¿No seríamos más dichosos reposando eternamente en el sagrado retiro que, á su pesar, respetan los pusilánimes mortales?

—¡Si! ¡Si!—gritaron todos.

—¿Se aprueba la proposición de protesta?—dijo el presidente.

—¡Qué se proceda á votación secreta!—contestó una voz naturalmente sepulcral.

Y todos los votos depositados en la urna funeraria, colocada al efecto, fueron unánimes en protestar de la vuelta á la vida carnal, aunque hubiera que pasarla en el Cielo, el Infierno ó el Purgatorio.

ALFONSO KAAB.

Contradicciones evangélicas

Prescindo de toda tendencia literaria y voy al grano.

Los evangelios son libros revelados por la Divinidad. No puede haber en ellos error ni contradicción. En esto están ustedes de acuerdo con el concilio ecuménico de Trento en 8 de Abril de 1545, donde se declaró que la Biblia era *obra de Dios mismo* y que el que no admita como sagrados y canónicos todos los libros del Viejo y del Nuevo Testamento. ¡*Anathema sit!* ¡Maaldito sea!

Pues bien:

El evangelista Mateo hace descender á Jesús del rey David por su hijo Salomón hasta José, padre putativo al menos de Jesús. En cambio Lucas lo hace descender del mismo rey David por su hijo Nathan hasta José.

Dice Mateo que Herodes, temiendo el reinado del recién nacido Jesús, ordenó el degüello de los niños menores de dos años nacidos en los alrededores de Belén; que un angel advirtió á María y á José; que éstos huyeron á Egipto y allí permanecieron hasta que murió Herodes, lo que ocurrió muchos años después. Pero Lucas afirma todo lo contrario, porque dice que la familia permaneció seis semanas en Belén; inmediatamente después fué al templo de Jerusalén á presentar al niño y hacer los sacrificios marcados por la ley; que terminado esto volvieron á Nazareth, su pueblo, donde el niño crecía, de día en día, en gracia y su talento, y que *todos los años* iban á Jerusalem en los días de Pascua. Luego, según Lucas, no hizo Herodes degüello de inocentes, ni la sacra familia huyó á Egipto. Lucas desmiente á Mateo; Mateo desmiente á Lucas, y la Divinidad, única autora del Nuevo Testamento tiene muy mala memoria. Y como, según ustedes, Jesús es Dios, resulta que Dios cuando dictó su propia historia, no sabía lo que á él mismo le había pasado.

Según Lucas, Mateo y Marcos, la predicación de Jesús duró cincuenta días. En efecto: desde el 25 de Diciembre del año 15 de Tiberio, siendo Anás y Caifás grandes sacerdotes, en que Jesús cumplió treinta años y fué bautizado por Juan Bautista, hasta las primeras pascuas siguientes que eran en el mes de Marzo y en cuya víspera fué Jesús condenado, no median más que tres meses; descontando los cuarenta días con sus noches que estuvo en el desierto, quedan unos cincuenta días. En oposición á esto, dice Juan evangelista que

durante su vida pública estuvo tres ó cuatro veces en Jerusalem á celebrar la pascua, y como ésta se celebraba una sola vez por año, resaltan á lo menos tres años y tres meses. No hay duda, la Divinidad estaba muy distraída cuando les dictó á los evangelistas.

Según Mateo, Lucas y Marcos, inmediatamente después de bautizado fué trasportado al desierto, donde ayunó y lo tentó el diablo. Según Juan, inmediatamente después del bautismo se fué á Galilea é hizo en las bodas de Canán el milagro de convertir el agua en vino. Francamente, á mi me da lo mismo que se fuera inmediatamente á Galilea ó que se fuera al diablo, es decir, á que el diablo lo tentara en el desierto. Si le doy importancia á la contradicción no es más que por aquello de que toda esa historia es *obra de Dios mismo*.

Cuenta Dios por boca de Mateo que Jesús (esto es, Dios mismo) se fué directamente á Cafarnaum; y cuenta Dios por boca de Lucas que se fué directamente á Nazareth.

Un paréntesis: me agradaría sobremanera que me explicasen con los evangelios á la vista, cuál fué la época en que los apóstoles empezaron á seguir á Jesús, porque yo, aunque soy curioso y paciente, aún no he podido resolver ese galimatías. Según unos fué cuando pasó por las grillas del Jordán; según otros cuando estuvo á la orilla del mar de Galilea; dicen estos que encontró primero á Andrés y á Santiago; dicen aquéllos que encontró primero á Simón y á un discípulo de Juan Bautista... Confieso que me hago un lío: la Divinidad no se explica bien.

Pero ¿qué objeto puedo tener al repetirles la misma historia á cuatro personas distintas? ¿No hubiera sido más lógico y mejor dictarle á una sola, por ejemplo, á Juan que era el más inteligente y erudito y además su discípulo predilecto?

Según Marcos, Mateo y Lucas, instituyó Jesús en la cena el sacramento de su cuerpo y su sangre. En cambio, Juan no dice esta boca es mía respecto á un asunto tan esencial como es ese del milagro eucarístico.

Dice Juan que acabada la cena le labó Jesús los pies á sus discípulos y después les propinó un largo discurso. Los otros evangelistas no sólo nada dicen del laboratorio ni del discurso, sino que afirman que inmediatamente, con el bocado en la boca, se fué al monte de los Olivos con sus discípulos á orar.

¿Cuándo se realizó la cena? ¿Fué como dicen unos, la víspera de Pas-

cua, ó fué, como dicen otros, la víspera del día en que murió, esto es, la antevíspera de Pascua? El dato carece de importancia histórica para los profanos como yo, pero es muy grave para los creyentes, porque ¡vamos á ver! el Jueves Santo ¿será jueves ó será viernes? Además, queda demostrado que la Divinidad se equivoca muy frecuentemente.

¿Cómo fué aquello de las santas mujeres? ¿Vieron morir á Jesús *des-de lejos*, como asegura Dios por boca de tres evangelistas, ó estuvieron con Juan *al pie de la cruz*, como afirma Dios por boca del mismo Juan?

¿Cuántas fueron las apariciones de Jesús después de resucitado? Según Mateo fueron dos: ; según Marcos fueron tres; según Juan fueron cuatro... ¡caramba, caramba! Creo que el Padre Eterno chocheaba ya cuando dictó estas cosas.

¿Ascendió Jesús al cielo corporalmente ó no ascendió? Lucas y Marcos afirman categóricamente que sí, y en presencia de todos los discípulos. Mateo y Juan no dicen ni palabra del asunto, á pesar de que, según sus colegas, estuvieron presentes.

Dice Dios, por intermedio del evangelio de Lucas que la ascensión ocurrió en Bethania; y afirma el mismo Dios mediante los *Actos de los Apóstoles*, que el milagroso episodio se realizó en el monte de los Olivos. Asegura en el evangelio que subió al cielo al día siguiente de la resurrección y afirma en los *Actos* que ascendió *cuarenta* días después.

Bueno, bueno! Creo que estas son contradicciones suficientes para que cualquier incrédulo como yo, pida explicación á los doctores de la Ley, de los Profetas y de los Escritos, ó sea como decían los hebreos, del *Torah*, del *Nebiyin* y del *Kethubin*.

OSSAL.

Los dioses negros

M. Bergeret amaba y estimaba altamente á los hombres de oficio. Como no hacía grandes instalaciones, no tenía casi oportunidades para ocupar obreros; pero cuando empleaba alguno, se esforzaba en entablar conversación con él, contando siempre obtener algunos datos substanciales.

Por eso hizo una benévola acogida al carpintero Roupart, que fué una mañana para colocar bibliotecas en el gabinete de trabajo.

Acostado según su costumbre en el fondo del sillón de su amo, *Riquet* dormía apaciblemente. Pero el recuer-

do inmemorial de los peligros que ase- diaban á sus antepasados salvajes en los bosques, hace ligero el sueño de los perros domésticos. Conviene decir también, que esa actitud hereditaria estaba reforzada en *Riquet* por el sentimiento del deber. *Riquet* se consideraba como un perro de guardia. Firmemente convencido de que su función era guardar la casa, concebía por ella una orgullosa satisfacción.

Desgraciadamente, se figuraba las casas tales como son en el campo y en las fábulas de La Fontaine, edificadas entre patio y jardín, y tales que se les puede dar la vuelta olfateando el suelo saturado de los olores de las bestias y del estiércol. En su espíritu no cabía el plan del departamento que su amo ocupaba en el quinto piso de un gran edificio. Como no conocía los límites de su dominio, no sabía con precisión qué era lo que debía guardar. Y era un guardián feroz.

Pensando que la llegada de ese desconocido de pantalón azul y remendado ponía la casa en peligro, saltó del sillón y se puso á ladrar al hombre, retrocediendo ante él con una lentitud heroica. M. Bergeret le ordenó se callara y obedeció con pesar, sorprendido y triste al ver su abnegación inútil y sus advertencias despreciadas. Su mirada profunda, vuelta hacia su amo, parecía decirle:

—Recibes á ese anarquista con los aparatos de destrucción que trae consigo. He cumplido con mi deber; ahora suceda lo que suceda.

Volvió á ocupar su lugar de costumbre y se durmió nuevamente M. Bergeret, abandonando las bucólicas de Virgilio, empezó á conversar con el carpintero. Primero le hizo preguntas sobre el aserraje, el corte y el pulimento de las maderas y la ensambladura de las tablas. Le agradaba instruirse y conocía la excelencia del lenguaje popular.

Roupart, vuelto hacia la pared, le hacía respuestas interrumpidas por largos silencios, durante los cuales tomaba las medidas. De esa manera, trató de los artesonados y de las ensambladuras.

—La ensambladura con espiga y mortaja,—dijo,—no necesita cola si el trabajo está bien hecho.

—¿No hay también,—preguntó M. Bergeret,—la ensambladura en cola de golondrina?

—Es rústica y no se hace ya,—contestó el carpintero.

Así se instruía el profesor, escuchando al artesano. Cuando hubo adelantado bastante el trabajo, el carpintero se volvió hacia M. Bergeret. Su cara abultada, sus grandes rasgos, su

tinte moreno, sus cabellos cortos y su barba de chivo le daban el aspecto de una figura de bronce. Sonrió con una sonrisa penosa y dulce, dejando ver sus dientes blancos, y pareció rejuvenecerse.

—Conozco á usted, señor Bergeret.

—¿Usted me conoce?

—Sí, sí, le conozco... señor Bergeret; usted ha hecho algo que no es muy frecuente... ¿No le molesta que se lo diga?

—De ninguna manera.

—Pues bien, usted ha hecho algo que no es común. Ha salido de su casta y no ha querido congeniar con los defensores del sable y del hisopo.

—Detesto á los falsarios, amigo mío,—contestó M. Bergeret.—¿Qué menos ha de permitirse á un filósofo? No he ocultado mi apreciación. Pero no la he esparcido. ¿Cómo la conoce usted?

—Verá usted: se ve á mucha gente en la calle Saint-Jacques, en el taller. Se ve á unos y otros, gordos y flacos. Mientras cepillaba mis tablas, oía á Pedro que decía: «¡Ese canalla de Bergeret!» Y Pablo le preguntaba: «¿No le romperán la jeta?» Entonces he comprendido que estaba usted del buen lado en *l'Affaire*. No hay muchos como usted en el barrio.

—¿Y qué dicen vuestros amigos?

—Los socialistas no son muy numerosos por aquí, y no están de acuerdo. El sábado pasado, en la Fraternal, éramos cuatro y nos hemos peleado. El compañero Fléchier, un viejo, un combatiente del 70, un comunista, un deportado, un hombre, subió á la tribuna y nos dijo: «Compañeros, tranquilizaos. Los burgueses intelectuales no son menos burgueses que los burgueses militares. Dejad que los capitalistas se arranquen las narices. Cruzaos de brazos y dejad venir á los antisemitas. Por ahora, hacen el ejercicio con un fusil de caña y un machete de madera. Pero cuando se trate de efectuar la expropiación de los capitalistas, no veo inconveniente en empezar por los judíos.»

Y los compañeros aplaudieron ruidosamente. Pero os lo pregunto: ¿acaso debiera hablar así un viejo comunista, un buen revolucionario? No tengo instrucción como el compañero Fléchier que ha estudiado en los libros de Marx. Pero he comprendido que no razonaba bien. Porque me parece que el socialismo, que es la verdad, es también la justicia y la bondad, y que todo lo justo y lo bueno surge de él naturalmente, como la manzana del manzano. Me parece que combatir una injusticia es trabajar para nosotros, los proletarios, sobre quienes pesan todas las injusticias. A

mi modo de ver, todo lo que es equitativo, es ya un principio de socialismo. Pienso como Jaurés, que marchar con los defensores de la violencia y de la mentira, es volver la espalda á la revolución social. No conozco más que hombres, y no hago más distinción entre ellos que la de justos é injustos. Judíos ó cristianos, es difícil que los ricos sean equitativos. Pero cuando las leyes sean justas los hombres serán justos. Desde el momento presente los colectivistas y los libertarios preparan el porvenir, combatiendo todas las tiranías é inspirando á los pueblos el odio á la guerra y el amor al género humano. Podemos desde ahora hacer un poco de bien. Es lo que nos impedirá morir desesperados y con el corazón lleno de rabia. Porque seguramente no veremos el triunfo de nuestras ideas, y cuando el colectivismo se halle vigente en el mundo, hará ya largo tiempo que habré salido de mi bohardilla, con los pies adelante... Pero estoy charlando y el tiempo pasa.

Sacó su reloj, y viendo que eran las once, endosó su blusa, recogió sus herramientas, hundió su gorro hasta la nuca y dijo sin volverse:

—Seguramente, la burguesía está podrida, como se ha visto muy bien en el asunto Dreyfus.

Y se fué á almorzar.

Entonces, sea que en su ligero sueño hubiese alguna visión aterrizado su alma oscura, sea que espionando en su despertar la retirada del enemigo quisiera sacar una ventaja, sea porque el nombre que acababa de oír lo hubiese vuelto furioso, como su amo fingió creerlo, *Riquet* se abalanzó con la boca abierta, el pelo erizado y los ojos llameantes, sobre los talones de Roupart, á quien persiguió con sus ladridos frenéticos.

Cuando hubo quedado solo con él, M. Bergeret le dirigió, con tono de dulzura, estas palabras tristes:

—Tú también, pobre pequeño ser negro, tan débil á pesar de tus dientes puntiagudos y de tu boca profunda que, por el aparato de la fuerza hacen tu debilidad ridícula y tu cobardía divertida; tú también tienes el culto de las grandezas de carne y la religión de la antigua iniquidad. Tú también adoras la injusticia por respecto para el orden social que te asegura tu nicho y tu pitanza. Tú también considerarías como usto un fallo irregular obtenido por medio de la mentira y del fraude. Tú también eres juguete de las apariencias. Tú también te dejas seducir por mentiras. Te nutres con fábulas groseras. Tu espíritu te rebroso se mantiene con tinieblas. Se

te engaña y te engañas con una candidez deliciosa. Tú también tienes odios de raza, perjuicios crueles y el desprecio para los desgraciados.

Y como *Riquet* volviese hacia él unamirada de inocencia infinita, M. Bergeret prosiguió con más dulzura todavía:

—Ya sé— tienes una bondad obscura, la bondad de Caliban. Eres piadoso, tienes tu teología y tu moral y crees hacer bien. Además no sabes Guardas la casa, y la guardas hasta contra aquellos que la defienden y que la adornan. Ese artesano que querías echar de aquí, tiene en su sencillez pensamiento admirable. ¿No lo has escuchado?

Tus oídos velludos oyen, no á quien habla mejor, sino á quien grita más fuerte. Y el miedo, el miedo natural que fué el consejero de tus antepasados y de los míos, en la edad de las cavernas; el miedo, que hizo los dioses y los crímenes, te desvía de los desgraciados y te arrebata la compasión. Y no quieres ser justo. Miras como extranjera la blanca faz de la Justicia, divinidad nueva, y te arrastras ante los viejos dioses, negros como tú por la violencia y el miedo. Admiras la fuerza brutal, porque crees que es la fuerza soberana, y no sabes que se devora ella mismo. no sabes que todos los hierros caen ante una idea justa.

No sabes que la fuerza verdadera reside en la sabiduría, y que las naciones no son en realidad grandes sino por ella. No sabes que lo que hace la gloria de los pueblos no son los clamores estúpidos lanzados en las plazas públicas, sino el pensamiento augusto, oculto en alguna bohardilla y que, esparcido un día por el mundo, cambiará su faz. ¿No sabes!...

ANATOLE FRANCE.

EL NIÑO-ESTRELLA

Cuento de Oscar Wilde

(Continuación)

Y después de algunos instantes se volvió hacia su marido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él se apresuró á entrar, y le puso el niño en los brazos; ella le dió un beso y le colocó en la camita en donde dormía el menor de sus hijos. Y al día siguiente

te el leñador cogió el curioso manto de oro y le metió en un armario; y su mujer cogió también un collar de ámbar que rodeaba el cuello del niño y lo depositó igualmente en el armario.

De esta suerte el Niño-Estrella fué criado con los hijos del leñador, y se sentó á la misma mesa que ellos, y fué su compañero de juegos. Y de año en año se ponía más hermoso, hasta tal punto que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, porque ellos eran ateizados y tenían cabellos negros, mientras que él tenía el cutis blanco y fino como el marfil, y sus bucles se parecían á guirnaldas de asfodelos. Sus labios también eran como pétalos de una flor roja; sus ojos, como violetas al borde de un claro arroyuelo; y su cuerpo, como el narciso de una virgen pradera.

Sin embargo, su belleza le hacía malo. Porque se hizo orgulloso, egoísta, cruel. A los hijos del leñador, y á los otros niños del pueblo, los despreciaba, diciendo que eran de nacimiento bajo, mientras que él era noble, puesto que descendía de una estrella; y los trataba como á servidores. No tenía ninguna piedad por los pobres, los cigeos, los lisiados, ó, en general, por los desgraciados; antes por el contrario, les arrojaba piedras, les echaba de la carretera y les decía que se fueran á mendigar el pan á otra parte; no se les vió volver nunca á pedir limosna al pueblo aquel. No parecía conmoverse más que por la Belleza, mofándose de los débiles y de los entrahechos y riéndose de su debilidad y de sus achaques; se amaba á sí mismo, y durante el verano, mientras que los vientos reposaban, se echaba al lado de la fuente en el jardín del cura, y se inclinaba para contemplar la maravilla de su propio rostro, riendo de gusto ante el espectáculo de su propia belleza.

A menudo el leñador y su mujer le regañaban: «Nosotros no te tratamos como tú tratas á los que están solos, y son desgraciados, y no tienen á nadie que les asista. ¿Por qué eres tan cruel para los que tienen necesidad de compasión?»

~~~~~  
Disen que no vales ná,  
curita de mis entrañas,  
y disen una verdá.

## CASA MONTAUTTI

155 - ZABALA - 155

Única que garante los muebles que tiene en venta á precio de remate

MONTEVIDEO

Imprenta LA RURAL, de Miguel y Fco. Ramos, calle Florida números 84 y 92a



# CASA DE REMATE Y LIQUIDACIONES

DE

## Alejandro Montautti

### Calle Sarandí 142, esquina Zabala

### MONTEVIDEO

Se encarga de la venta en remate y particularmente de casas comerciales, propiedades, terrenos y campos.

Anticipa dinero sobre cualquier objeto que represente valor, y que se remita para vender en remate.

Compra mobiliarios completos y pequeñas cantidades, recibe muebles, carruajes, etc., en depósito. Da en su casa remates de Joyería, Tienda, Bazar, Ferretería, Mueblería, Talabartería, Almacén, Bebidas y otros artículos, todos los días lunes y jueves, á la 1 y 1/2 p. m.

## "SALPICÓN"

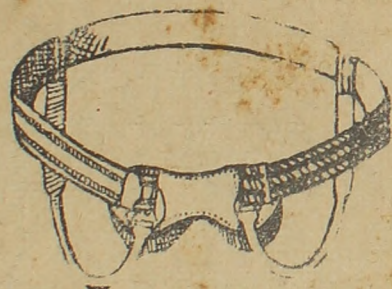
Condiciones de suscripción

### PAGO ADELANTADO

| CAPITAL                    | INTERIOR                   | EN LA ARGENTINA         |
|----------------------------|----------------------------|-------------------------|
| Por 1 mes . . . \$ 0.20    | Por 1 mes . . . \$ 0.24    | Por 1 mes . . . \$ 0.25 |
| » 3 meses . . . » 0.60     | » 3 meses . . . » 0.70     | » 3 meses . . . » 0.70  |
| » 6 » . . . » 1.00         | » 6 » . . . » 1.20         | » 6 » . . . » 1.40      |
| » 1 año . . . » 2.00       | » 1 año . . . » 2.80       | » 1 año . . . » 2.80    |
| Número suelto . . . » 0.05 | Número suelto . . . » 0.06 | » 1 año . . . » 2.80    |

## I. Porta Hnos. LAS HERNIAS

### CURADAS RADICALMENTE



Todos los días recibimos personas, á quienes se les puede quitar el BRAGUERO REGULADOR, después de tres ó cuatro meses de uso, cuando en otros sistemas no conseguían la retención y presión insostenible. Tenemos cartas de gratitud del PERÚ, ARGENTINA y de toda la CAMPAÑA DEL URUGUAY. Recomendamos el Catálogo Ilustrado y consulta de 9 a. m. á 5 p. m., gratis. — Calle Buenos Aires 133, Montevideo; y Esmeralda 455, B. Aires.

## Lechería y Chocolatería VIDA NUEVA

— DE —

### Fernández é Iglesias

Casa especial en cocoa, chocolate á la española, francesa y brasilera, candiales, leche caliente, fría y helada. Servicio especial. La casa permanece abierta de día y de noche.

CALLE BARTOLOME MITRE, 197

## Estudio de Dibujo y Pintura

Profe sor V Casanova.—Lecciones especiales de dibujo y pintura.—Dibujos para fotograbados, zincografía y piedra.—Retratos á lápiz. Caricaturas, Acuarelas, Tricomas, Viñetas y Carátulas.—Precios módicos.—Uruguay 513—Montevideo.

## La Proveedora de Pescado

de Andrés J. Soca y C.º—Depósito General: calle Juan L. Cuestas 47; Sucursales: N.º 1, Colonia 561; N.º 2, Mercado Central; N.º 3, Tala esq. Nueva Palmira; N.º 4, 18 de Julio 107a (Unión); N.º 5, Grecia 241 (Villa del Cerro); N.º 6, calle General Flores 168 (Agraciada); atendiéndose rápidamente los pedidos que se le hagan por los teléfonos: La Uruguay 183 (Central) y Cooperativa.—A más tiene 35 carros que llevan el pescado á domicilio de mañana y de tarde.

## BAÑOS GOUNOULHOU

ISIDRO ACHUSTEGUI (HIJO)

Cerrito 3 (extremo Oeste sobre la Bahía)

Único Establecimiento en Montevideo para el suministro de baños de mar, fríos y calientes, dulces y medicinales. — Los tranvías del Paso Molino y Reducto, pasan frente á su puerta.

## "OLIVO"

### Gran Café, Fiambrería y Billar

DE

### PEREYRA Y BUDINO

Sarandí 135, esq. Alzaibar

Especialidades de la casa. — Gran surtido permanente de Fiambres—Vinos de postre y de mesa—Licores extranjeros—Vermouth, Bitters, Sandwichs, Cocktail Kola. — Bebidas de primera calidad. — Se lleva á domicilio. — Teléfono La Uruguay 1565.

## Los Tres Amores

CUENTO POR LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

— Se pondrá á la venta el próximo lunes. Los subscribers harán los pedidos á la Administración de SALPICÓN.

EN LA SASTRERÍA

## LA NUEVA MODA

de Rafael Diconá

Calle Iglesias 74, (casi esq. Agraciada)

PASO DEL MOLINO

Por un peso semanal se hace un traje de los mejores géneros ingleses y franceses, empleando en la confección materiales de los mejores que vienen al país.

## CAFÉ PROGRESO

DE

### Luciano y Cándido Otero

Especialidad en Comidas á la minuta. Servicio esmerado. — Completo surtido en Bebidas Extranjeras. — Precios módicos. — Teléfono, La Uruguay, 688 (Central).

25 de Agosto, 49 al 53 esq. Yacaré

MONTEVIDEO